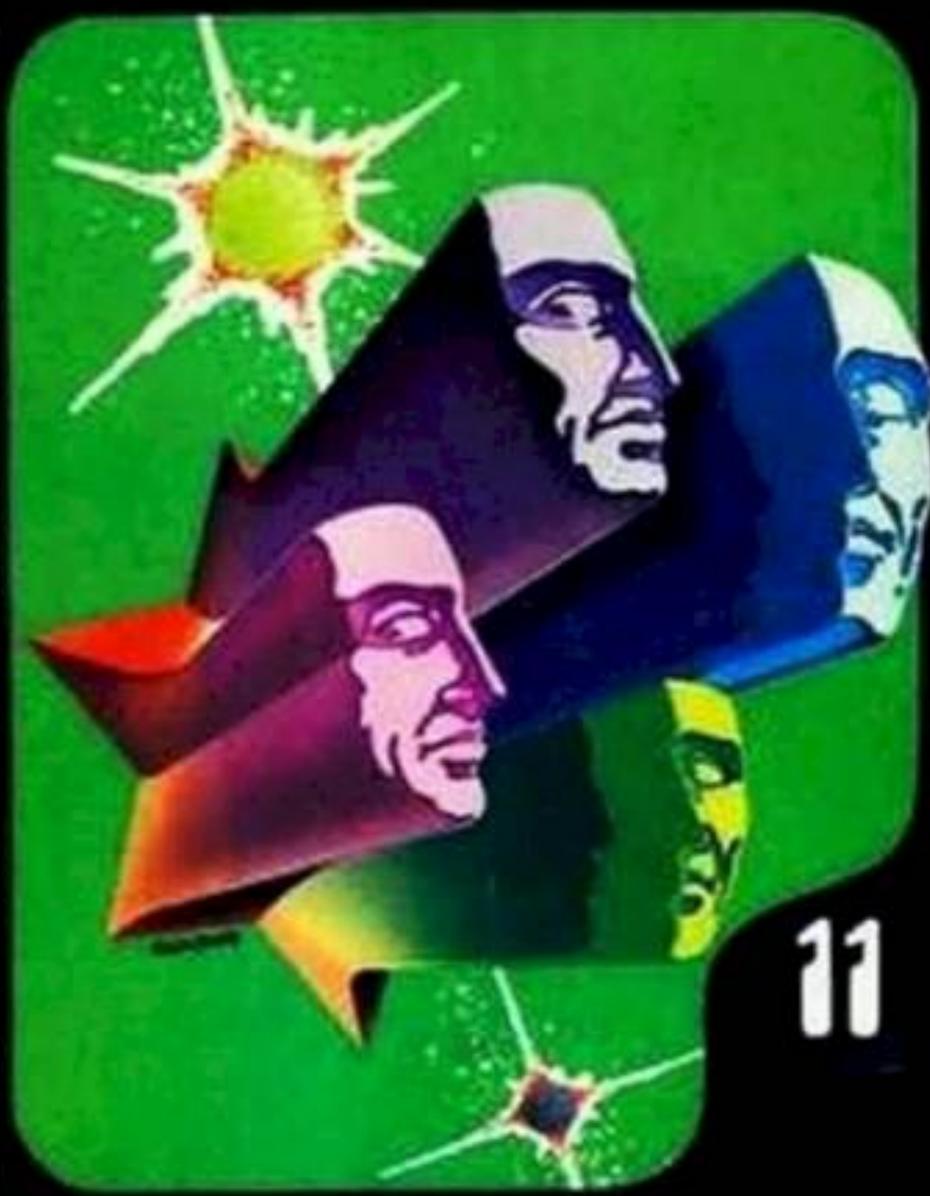


CUARTA GENERACIÓN

ISAAC ASIMOV

Cuarta generación



11

El gusto por la paradoja, un ácido humor que arranca de sus raíces chestertonianas, la lucidez y un fondo crítico que contrasta con el esquematismo —que no es más que una prueba de conservadurismo intelectual— de la novela de anticipación en sus versiones más comerciales, se manifiestan de nuevo en esta serie de relatos de Isaac Asimov, que es hoy, sin duda, la figura más renovadora dentro de un género que no siempre se ha caracterizado, pese a sus planteamientos de origen, por su eficacia revulsiva. La historia de *El brujo al día*, empeñado en hallar un producto capaz de solucionar químicamente las desavenencias matrimoniales, o el juego de lo absurdo cotidiano en *Eso llamado amor*, exposición pintoresca de los hábitos de relación sexual en un planeta insólito, son ejemplos de la peculiar concepción que Asimov tiene de la fabulación científica.

ÍNDICE

- Cuarta generación** (Unto the Fourth Generation, 1959)
Sobre los ángeles (Breeds There a Man...?, 1951)
Sally (Sally, 1953)
Rebelión (Nobody Here But, 1953)
El brujo al Día (The Up-to-Date Sorcerer, 1958)
Eso llamado amor (What Is This Thing Called Love?,
1961)

CUARTA GENERACIÓN

PRESENTACIÓN

No mucho después de la aparición de *El brujo al día*,^[1] Mr. Boucher se retiró como editor de *F & SF* y fue sucedido en el puesto por Robert P. Mills.

Mr. Mills procedió a hacerme el más grande favor que me aconteciera en toda mi vida de escritor desde que Mr. Campbell pulsara las cuerdas que dieron lugar a *Anoche-cer*.^[2] Mr. Mills me instó a colaborar con una columna mensual para *F & SF* y yo así lo hice. Desde el número de noviembre de 1958, en que apareció mi primera columna, he venido haciéndolo mes tras mes y, mientras escribo estas líneas, estoy próximo a celebrar mi décimo aniversario como columnista mensual de la revista.

Todo cuanto he escrito, ficción y no ficción, para público adulto o juvenil, lo he hecho siempre con gusto y siempre que me he referido a Mr. Mills en tales artículos lo he hecho como el «Editor Bondadoso».

Como fuere, un día, mientras comíamos, Mr. Mills me dijo que había visto el nombre Lefkowitz en diferentes lugares y momentos de la jornada, lo que le parecía una curiosa coincidencia. ¿Podría yo fabricar una historia sobre ello? Con mi habitual desenvoltura, dije: «Claro», lo que ya me dio una pequeña idea.

El resultado fue un relato que sirvió al mismo tiempo como homenaje a Mr. Boucher. Mr. Boucher fue un católico ferviente (Debo decir «fue» porque Mr. Boucher murió en

abril de 1968, para la aflicción de todos cuantos lo conocimos. Fue un hombre tan amable que mereció el cariño hasta de los autores que rechazó, incluso mientras los estaba rechazando, lo que ya supone una buena prueba de afecto). Y porque Mr. Boucher fue un católico sincero, hubo muy a menudo un ambiente de catolicismo en torno a *F & SF* mientras se mantuvo ésta bajo su liderazgo; ambiente de amabilidad y liberalidad, empero, que mostraba la clase de hombre que era.

De modo que pensé que, al tiempo que rendía tributo a la figura editorial de Mr. Boucher, podía probar fortuna con esa clase de ambiente. Claro que yo no soy el más indicado para plasmar un espíritu católico pues no lo soy. De manera que hice lo único que podía hacer y fue escribir un relato judío... la única historia judía que se me ha venido a las mientes escribir.

Así, la observación de Mr. Mills sobre Lefkowitz se convirtió en *Cuarta generación*.

A las diez de la mañana, Sam Marten pugnaba por salir del taxi intentando abrir la puerta, como siempre, con una mano, sujetando su cartera con la otra y buscando su monedero con la tercera. Pero como sólo tenía dos manos encontró la tarea demasiado trabajosa, de modo que, también como siempre, presionó la puerta con la rodilla y todavía peleaba por sacar su monedero cuando puso un pie en tierra.

El tráfico de Madison Avenue le pasó rozando. Un camión rojo deceleró de mala gana y arrancó con brío una vez la luz del semáforo cambió de color. Una blanca inscripción en su costado informaba a un mundo irresponsable que pertenecía a *F. Lewkowitz e hijos, Roperos al por mayor*.

Levkowich, pensó Marten sin darle mayor importancia y entonces pudo atrapar su monedero. Miró de soslayo al contador del taxi mientras sujetaba su cartera bajo un brazo. Un dólar con sesenta y cinco centavos; añadiría veinte centavos como propina, lo que le dejaría con una sola moneda de diez para cualquier emergencia: mejor partir un billete de cinco dólares.

—Tenga, cóbrese uno ochenta y cinco, compadre.

—Gracias —dijo el taxista con mecánico e insincero agradecimiento y devolvió el cambio.

Marten metió el cambio en el monedero, se guardó éste, cogió su cartera con una mano y se abrió paso entre el río humano que poblaba la acera hacia las puertas de vidrio del edificio que tenía ante sí.

¿Levkowich?, pensó de pronto y se detuvo. Un transeúnte arrugó el entrecejo mirándolo.

—Perdón —murmuró Marten, echando a andar de nuevo.

¿Levkowich? No era esto lo que la inscripción del camión decía. El nombre que había leído era Lewkowitz. ¿Por qué había él pensado Levkowich? Pase la confusión entre w y v, producto de sus clases de alemán, pero, ¿de qué otro lugar podía haber sacado el «ich»?

¿Levkovich? Se encogió de hombros finalmente, considerando que le estaba dando demasiada importancia.

Concentrarse en los negocios. Había ido allí por una cita-comida que tenía con un hombre, Naylor. Estaba allí para sacar provecho de un contrato y comenzar, a las veintitrés, el delicado asunto que culminaría, según su plan, con su matrimonio con Elisabeth en el plazo de dos años y que lo convertiría en padre de familia en la zona residencial en el plazo de diez.

Cruzó el vestíbulo decididamente y se dirigió hacia los ascensores, al tiempo que echaba una ojeada a los rótulos de la conserjería.

Uno de sus hábitos era contar las firmas del edificio que visitaba, lo que, sin entorpecer la marcha de sus asuntos, pensó para sí, le confería una impresión e propiedad, de conocimiento del entorno, cosa importante para un hombre cuyo trabajo se relacionaba con otros trabajos y otros hombres.

La que buscaba era Kulin-etts, palabra que le divertía. Una firma especializada en la producción deartilugios menores para la cocina que había luchado virilmente por la obtención de un nombre que fuera significativo, femenino, coquetón... todo a la vez.

Su mirada siguió recorriendo los rótulos a medida que caminaba. Mandel, Lusk, Lippert Publishing Company (dos plantas para ella sola), Lafkowitz, Kulin-etts. Allí estaba, departamento 1024. Planta décima. Perfecto.

Se encaminó hacia la puerta del ascensor, se detuvo de pronto, dio media vuelta y regresó a la conserjería, quedándose boquiabierto.

¿Lafkowitz?

¿Qué clase de ortografía había ahora?

Estaba claro. Lafkowitz, Henry J., 701. Con «a». Mosqueante. Inútil.

¿Inútil? ¿Por qué inútil? Propinó una violenta sacudida a su cabeza como si deseara despejar alguna obnubilación. Maldita sea, ¿por qué se preocupaba ahora de si era correcta la ortografía o no? Se dio la vuelta, arrugó el entrecejo con ira y se apresuró en alcanzar la puerta de un ascensor, que se cerró justamente ante sus narices, proporcionándole cierto sinsabor.

Otra puerta se abrió al lado y se precipitó en el interior. Colocó su cartera bajo un brazo y se aprestó en adoptar la apariencia de un joven ejecutivo en su mejor momento. Se había hecho ya una idea de cómo podía ser Alex Naylor, con el que sólo se había comunicado a través del teléfono. Si se iba a preocupar por Lewkowitzes y Lafkowitzes...

El ascensor se detuvo en la séptima planta, se abrió la puerta y penetró un joven en mangas de camisa balanceando lo que parecía un cajón de escritorio lleno con tazas de café y bocadillos.

En aquel momento, justo cuando la puerta comenzaba a cerrarse, un vidrio decorado con negras letras centelleó ante los ojos de Marten. Decía: 701 - HENRY J. LEFKOWITZ - IMPORTADOR, palabras que desaparecieron progresivamente ante el inexorable advenimiento de la puerta del ascensor.

Marten se inclinó hacia delante, excitado. Estaba en un tris de decir: «Por favor, bájeme a la séptima planta».

Pero había otras personas en la jaula. Y, a fin de cuentas, no había el menor motivo para hacerlo.

Sin embargo, una sensación de intranquilidad se había adueñado de él. El rótulo de la conserjería estaba equivocado. No era con «a» sino con «e». Alguna imbecilidad pro-

pia de empleado analfabeto que había colocado las letras sobre el tablero con los pies.

Lefkowitz. Aunque todavía no estaba bien del todo, pensó.

De nuevo sacudió la cabeza. Dos veces ya. No estaba bien, ¿para qué?

El ascensor se detuvo en la décima planta y Marten salió de él.

Alex Naylor, de Kulin-etts, resultó ser un tipo canoso y desgachado de mediana edad, complexión ruda y sonrisa condescendiente. La palma de su mano era seca y rugosa y la chocaba con considerable fuerza, al tiempo que ponía la izquierda sobre el hombro de Marten en algo que parecía acercarse a una ostentación del sentido de la camaradería.

—Estoy con usted en dos minutos —dijo—. ¿Qué le parece si comemos aquí en el edificio? Hay un excelente restaurante y un camarero que prepara los mejores aperitivos. ¿No le parece perfecto?

—Eficiente. Eficiente —dijo Marten, dando rienda suelta a un entusiasmo que se asemejaba a bailar un zapateado sobre una charca.

Fueron más bien diez que dos los minutos de espera y Marten aguardó con la inquietud del que se encuentra en un lugar extraño. Se puso a mirar la tapicería de las sillas y el pequeño cuchitril donde un joven operador telefónico se sentaba. Repasó los cuadros de las paredes y estuvo incluso tentado de hojear un periódico que había sobre la mesa cercana a él.

¿Qué pasaba que no pensaba en Lev...?

¡Al cuerno!

El restaurante era bueno, o habría sido bueno si Marten hubiera contado con toda su desenvoltura. Afortunadamente, no tenía necesidad de llevar el peso de la conversación. Naylor hablaba rápida y pesadamente, repasando el menú

con ojos avisados y recomendándole los Huevos Benedict o bien comentándole la miserable situación del tráfico.

De vez en cuando intentaba Marten cambiar de posición para eludir así los imprevistos riesgos a que se abocaba su mente. Pero cada vez que lo intentaba, volvía de nuevo. Algo estaba equivocado. El nombre estaba equivocado.

Con un esfuerzo intentó romper aquella locura. Con un repentino giro verbal quiso llevar la conversación hacia el objeto de la llamada telefónica. Algo imprudente, sin embargo. No había una base apropiada; la transición resultó demasiado abrupta.

Pero la comida había sido buena, el postre a punto de servirse y Naylor aceptó el cambio amablemente.

Admitió su insatisfacción con los contratos existentes. Sí, había estado pensando en la firma de Marten y, ciertamente, le parecía que, bueno, que era una oportunidad, una buena oportunidad y pensaba que...

Una mano se posó sobre el hombro de Naylor mientras un hombre pasaba tras él.

—¿Qué tal te va, Alex?

—Hola, Lefk —saludó sonrientemente Naylor—. ¿Qué tal los negocios?

—No me quejo. Ya puedes ver... —La voz desapareció en la distancia.

Marten no había escuchado. Sentía que sus rodillas le temblaban mientras se levantaba a medias.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó con ansiedad. Su voz sonó más perentoria de lo que deseaba.

—¿Quién? ¿Lefk? Jerry Lefkovitz. ¿Lo conoce usted? —Naylor observó con moderada sorpresa a su compañero de comida.

—No. ¿Cómo se deletrea su nombre?

—L, E, F, K, O, V, I, T, Z, creo. ¿Por qué?

—¿Con una «v»?

—Con «f»... Oh, claro, también hay una «v» —El rostro de Naylor había perdido parte de su buena compostura.

—Hay un Lefkowitz en el edificio —prosiguió Marten—. Con una «w». ¿Sabe?, Lef-COW-itz.

—Vaya.

—Departamento 701. ¿No se trata del mismo?

—Jerry no trabaja en este edificio. Lo hace al otro lado de la calle. No conozco a ése que me señala usted. Como usted ve, es un edificio muy grande. No conozco a todos los inquilinos que lo habitan. ¿Qué ocurre con todo esto?

Marten sacudió la cabeza y se echó atrás en su asiento. Tampoco él sabía lo que estaba ocurriendo con todo esto. O, al menos, si lo sabía, no se atrevía a explicárselo. Podía decir: hoy me siento acosado por toda clase de Lefkowitzes.

—Estábamos hablando por lo de la llamada —dijo en cambio.

—Sí —dijo Naylor—. Bueno, como le he dicho, he estado considerando su compañía. Tengo que hablar con los muchachos de la producción, ya me comprende usted. Le haré saber los resultados.

—Perfecto —dijo Marten, profundamente deprimido. Naylor no le haría saber ningún resultado. Todo había salido mal.

Sin embargo, en medio y más allá de su depresión, todavía sentía aquella intranquilidad.

A la mierda con Naylor. Todo lo que Marten deseaba era romper esa intranquilidad y arreglarlo todo. (*Arreglar, ¿qué?* Pero la pregunta era apenas un susurro. Quienquiera que formulara la pregunta en su interior, su voz se iba diluyendo, apagando...)

La comida llegó a su término. Si se habían encontrado como camaradas, ahora se separaban como extraños.

Marten sintió únicamente alivio.

Sentía el latido de su corazón y, tambaleándose por entre las mesas, salió del fantasmal edificio para introducirse en la calle fantasmal.

¿Fantasmal? Madison Avenue a la una y veinte de la tarde, el sol todavía brillante y resplandeciente y diez mil hombres y mujeres poblándola.

Pero Martin experimentó la presencia de lo fantasmal. Apretó la cartera bajo su brazo y se dirigió desesperado hacia el norte. Un retazo de sentido común le advertía que tenía una cita a las tres en punto en la Calle 36. Pero nada importaba. Siguió adelante. Hacia el norte.

A la altura de la Calle 54 atravesó Madison y se dirigió hacia el oeste. Entonces se detuvo secamente y alzó la vista.

Había un rótulo sobre una ventana situada a la altura de tres pisos. Podía leerlo con toda claridad: A. S. LEFKOWICH, CONTADOR COLEGIADO.

Tenía una «f» y una «w», pero era el primer sufijo «ich» que veía. El primero. Giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo al norte por la Quinta Avenida, apresurándose a través de las calles irreales de una ciudad irreal, lanzado a la caza de algo, en tanto el bullicio que había en torno a él comenzaba a desaparecer.

Otro rótulo, esta vez sobre una ventana de una planta baja: M. R. LEFKOWICZ, DOCTOR EN MEDICINA.

Luego, otro en doradas letras semicirculares y foliáceas sobre el escaparate de una tienda de dulces: Jacob Levkow.

(Medio nombre, pensó abruptamente. ¿Por qué tiene que fastidiarme con medio nombre?

Las calles estaban ahora vacías de todo lo que no fuera el clan de Lefkowitz, Levkowitz, Lefkowicz, destacándose en el vacío.

Advirtió el parque que tenía ante sí, sobresaliendo a medias por sus verdes inmóviles. Torció hacia el oeste. Un trozo de periódico flotó en una esquina de sus ojos, movi-

miento único en un mundo muerto. Amortiguó su marcha, se agachó, lo cogió y recuperó su paso.

Era una media página arrugada y estaba en yiddish.

No podía leerlo. No podía descifrar los manchados caracteres hebreos, ni habría podido leerlos aunque hubieran estado nítidos. Sin embargo, una palabra aparecía clara. Sobresalía en oscuros caracteres en el centro de la página, cada letra emergiendo con toda limpidez. Decía Lefkovitsch.

Abandonó el periódico a merced del viento y penetró en el vacío parque.

Los árboles todavía existían y las hojas pendían en extrañas actitudes. La luz del sol era un peso muerto sobre él que no le provocaba el menor calor.

Iba muy aprisa, aunque sus precipitados pies no levantaban la menor nube de polvo ni se inclinaban los tallos de la hierba que crecía a su alrededor y sobre los que pisaba.

Había un viejo sobre un banco; el único ser vivo en aquel parque desolado. Se cubría con una oscura gorra de paño con visera. Sobresaliendo bajo ella, se destacaban irregulares guedejas de pelo gris. Una barba canosa le llegaba hasta el primer botón de la raída chaqueta. Sus viejos pantalones exhibían remiendos y un pedazo de arpillera podía verse por entre lo que aún quedaba de sus zapatos.

Marten se detuvo. Tenía dificultades para respirar.

Sólo una palabra afloraba a sus labios y con ella formuló su pregunta:

—¿Levkovich?

Permaneció inmóvil mientras el viejo pugnaba por levantarse; sus ojos oscuros lo observaron detenidamente.

—Marten —suspiró—. Samuel Marten. Has venido.

Las palabras sonaron con el efecto de una doble exposición, pues al ser pronunciadas en inglés sintió Marten que lo que se vocalizaba era una lengua extranjera. Y cuando

«Samuel» fue enunciado creyó distinguir oscuramente una remembranza de «Schmuel».

El viejo extendió sus manos y luego las retiró como si temiera tocarlo.

—No he visto sino infinidad de personas en el salvajismo de una ciudad efímera. Y había tantos Martin y Martine, tantos Morton y Merton. Mi fe comenzaba a resquebrajarse cuando finalmente cesé de buscar. Y entonces apareciste.

—En efecto, yo soy —dijo Marten—. Y usted es Phinehas Levkovich. ¿Por qué estamos aquí?

—Yo soy Phinehas ben Jehudah, llamado Levkovich por el ucaso del Zar que decretó nombres familiares para todos. Y estamos aquí porque he orado por ello. Cuando yo era ya un viejo, Leah, mi única hija, el único retoño de mi vejez, partió para América con su marido, dejó los *knuts* de lo viejo por la esperanza de lo nuevo. Y mis hijos murieron, y Sarah, la esposa de mi corazón, les siguió a la tumba y yo quedé solo. Y vino el tiempo en que también yo debía morir. Pero yo no había visto a Leah desde su partida hacia lejanas tierras y sus cartas nos llegaban muy raramente. Mi alma anhelaba poder ver a sus hijos; hijos de mi estirpe; hijos en los que mi alma descansaría y no moriría.

Su voz se mantenía uniforme y la sombra insonora que reptaba bajo sus palabras aparecía como el imponente oleaje de una antigua lengua.

—Fui escuchado y me fueron concedidas dos horas para contemplar al primer hijo de mi estirpe que nacería en una nueva tierra y un nuevo tiempo. Hijo de la hija de la hija de mi hija, ¿te he encontrado, pues, en medio del esplendor de esta ciudad?

—¿Por qué esta búsqueda? ¿Por qué no reunimos de una vez?

—Porque hay placer en la esperanza de toda pesquisa, hijo mío —dijo el viejo, radiante—, y también en todo encuentro. Se me dieron dos horas en las que yo podría ver, dos horas en las que yo debía encontrar... y he aquí que te